

# LOS DIOSES *van al* Modisto

ABACEL DE SILVA, DUQUESA DE ALMAZAN

ESPLENDIDO caos el que reinaba en el Olimpo cuando comenzó la gran batuda mitológica del nacimiento de los dioses grandes y chicos, y cuántas preocupaciones las del padre Zeus, Jove o Júpiter, como quiera llamarle, cuando hubo de darles a todos misión, atributos y vestidos con que cumplir su vida decentemente. ¡No fué menor el jaleo que el de las viejas casas de vecindad, de corredor y patio, por no ser menos el ruido y los líos que todos ocasionaban!

Desde el primer momento, los tres vastaguitos del matrimonio Rea-Saturno: Júpiter, Neptuno, Plutón, tuvieron que ser escondidos en la isla de Creta en compañía de los Coribantes, acróbatas ruidosos y jaraneros, y de la cabra Amaltea, que los amamantaba. No pasaron mucho frío sus cuerpecillos desnudos porque la cabra les prestaba calor y les procuraba buena leche para engordarlos, y en esa desnudez paradisíaca que siempre recordarían y tratarían después de evitar en todos, por «mor de la moral y la decencia», crecieron y crecieron hasta que, dueños del Universo, se lo repartieron fraternalmente, sin contar para nada con papá Saturno. Neptuno obtuvo el imperio de los mares; Plutón, los infiernos, y Júpiter, el promotor de la rebelión, se instaló como dueño en el Olimpo, apoderándose del palacio de los dioses.

Pero las soledades de aquellas alturas tenían que ser habitadas por semejantes suyos con el fin de conseguir vida apacible y días entretenidos. Júpiter, con su manojito de rayos a disposición del primer contratiempo, una vez arreglado y en limpio su pasado, sentóse majestuoso en su trono de marfil, con el cetro de oro en la diestra y el águila gigante a sus pies, y pensó en tomar esposa. Fijáronse sus



ojos en la altiva Juno y le ofreció compartir su grandeza y poderío. Preparóse la boda, de acuerdo con los suyos, y fué ésta la vez primera que tuvo que acudir, solemne y bien repleta la cartera, a las modistas del Olimpo para preparar el «trousseau» a la bella prometida.

¡Difícil cometido! La tela, la modista..., las primeras preocupaciones. El «Bianchini» y el «Rodier» del Olimpo eran tres hermanitas poco agraciadas que se pasaban la vida tejiendo e hilando, mientras la última de ellas cortaba los trajes y los cosía. Las señoritas Cloton, Laquesis y Atropos hilaron y tejieron la tela con que cubrir las desnudeces marmóreas de la divina Juno, y las tres, en unión de Minerva, cosieron el vestido, digno de un Schiaparelli. En la plenitud de su edad, con porte altivo, hermosa frente y rasgados ojos, apareció en el día de su desposorio con una túnica plisada, larga y ceñida, de gasa púrpura, sutil como tejido de araña, sin mangas y con un escote más que respetable, envuelta en un académico y muy estudiado peplo, adornados los cabellos con una diadema de oro, que copiaba los suyos. Sostenía en su mano el largo cetro real, y a su lado, el inseparable pavo real de cola abierta, con los mil ojos de Argos, abanico de plumas que después hubo de poner de moda en los salones olímpicos y terrenales.

El novio cubría sus robustas desnudeces con un gran manto de oro y sus pies iban calzados con sandalias de piedras preciosas. Sobre su abundante cabellera descansaba una corona de hojas de olivo y su luenga barba ondulada fué perfumada con verbena y con nardos.

Las «demoiselles d'honneur» que los acompañaban fueron las seis deliciosas bellezas, hijas del novio en primitivas correrías, que



ofrecían a todos donaires y dulzuras: las Horas y las Gracias, asistiendo como testigos de relumbrón y calidad los dos hermanos del novio, señores Neptuno y Plutón, engalanados para tal ceremonia. Presentóse el primero coronado de plantas marinas, barba abundante, sosteniendo en su salada mano el tridente y las riendas de una cuadriga de bípedos con cola de pescado. Le acompañaba su adorada Anfitrite. Plutón mostraba su feroz fisonomía y su opulenta cabellera, cubierta con corona de ébano. Apareció en su carro de dos ruedas, tirado por dos caballos negros, apoyado en su cetro-tridente, y a la vera feliz de Proserpina.

La solemne boda presagiaba felicidad eterna: la novia, dada la elevada posición del novio, pensaba poseerlo todo, mandarlo todo, dirigir a capricho hombres y dioses, toda la real familia. Mas, ¡ay!, sus ilusiones no duraron mucho. Apenas se calmaron las primeras efusiones, Júpiter empezó a encontrar la vida celeste monótona y triste. La diaria contemplación de las divinidades, siempre las mismas y vestidas y tocadas como el primer día, sin renovar el clásico guardarropa, llegó a fastidiarle. Juno no cambiaba de traje ni de modista y ya estaba harto de la túnica roja y de las plumas de pavo real. Quería otras mujeres y otros animales; tuvo ansias de viajar y pensó que una excursión por la Tierra no le iría mal, procurándole diversiones variadas, conocimiento de las nuevas colecciones y, tal vez, el encuentro, en una buena casa de modas, de una mortal de rango.

Marchó, pues, a la Tierra vestido como iría cualquier simple mortal, más o menos turista, con sus kickers griegos y sus maletas de «Hermes». Si era menester hacer el animal, lo haría gustoso, pues así acrecía la dispar y variada mitología. El primer desliz fué (como cualquier norteamericano) con Europa, la seductora hija de Agenor, rey de Fenicia. La contempló, recién llegado en su águila-bimotor, con sus amiguitas, a la orilla del mar, en traje que bien necesitaba de buena modista, y por temor a asustarla y porque así creía no ser vigilado por los ojos celosos de la esposa lejana, se convirtió en toro, y la raptó en su lomo. De allí a poco hubo que ensanchar la túnica de Europa y nació Minos, el futuro juez de los infiernos.

El segundo devaneo ocurrió con la pobre prisionera Dánae, hija del rey de Argos, a la que llegó, cuando estaba desnuda, en apariencia de lluvia de oro, de cuyo tesoro, de valor superior a los dólares, nació después Perseo. Júpiter comprobó que no eran muy nuevos los vestidos que se usaban en la Tierra.

El tercer coqueteo fué aún más poético. Leda, hija de Tescio, rey de Etolia, esposa de Tindaro, sentía todas las mañanas la tentación de refugiarse para su descanso, a los primeros fulgores de la aurora, a las orillas del río Eurotas, el de los laureles rosas, cuajado de plátanos, adonde acudían a refugiarse los blancos cisnes después de sus fluviales paseos bajo la alegre luz del sol. Solía ir vestida únicamente con unos ligeros velos diáfanos, sujetos por un buen broche en los hombros, que dejaban entrever la perfección de su divino cuerpo desnudo. A Júpiter, acostumbrado a las modas rancias, no le cayó en saco roto el modelito, y a contemplarlo, con el fin de copiarlo para su amada esposa, marchó al encuentro de Leda como perseguido por el «águila» Venus, celestina de sus devaneos. El pobre cisnecillo, casi desvanecido, vino a caer tembloroso sobre las rodillas de la pobre dama, quien lo besaba, lo acariciaba y lo reconfortaba en su seno. Apenas vuelto en sí de sus emociones de cisne, Júpiter abandonó a su protectora para regresar a la celeste bóveda, dejando en el prado, testigo de su terror, dos huevos de dimensiones extraordinarias, modelo de canastillas, sin lazos ni encajes, que encerraba a Cástor y Pólux, uno, y el otro, a Elena y Clitemnestra.

La pobre Juno, enterada de todo, con su eterno modelito rojo, que no había renovado el viaje a Europa de su donjuanesco marido, pasaba por tener un carácter desagradable e irascible; por eso los partidarios de Júpiter se aprovecharon de ello para justificar las fugas aventureras del esposo. De regreso de la Tierra trae muchas novedades al Olimpo, por lo que hace habitar en él a los retoños de sus devaneos amorosos, a los que viste y prepara para que puedan servir de modelo después a todos los pintores del mundo.

De la unión de Juno y Júpiter nació un chiquillo muy feo que sus padres trajeron a la Tierra. Quedóse cojo de la caída, y aunque intelectualmente era listillo, se resignó a su condición de productor y aprendió el oficio de fundidor en el taller de un enano. Fué él quien hizo como regalos a sus parientes todos los cachivaches de bisutería moderna que se han hecho célebres: el carcaj de Diana, el cetro de Júpiter, la hoz de Ceres, la coraza de Hércules y el escudo de Aquiles. Lo casaron con la hermosísima Venus, para dar que hablar en el Olimpo. Llegó ésta a su casa mecida por el céfiro perfumado de los cielos. Había surgido de una concha marina bogando por las azules aguas del Mediterráneo, con unas cuantas flores por adorno; en sus cabellos de oro incomparable, una corona de rosas y mirtos y el misterioso cinturón que haría irresistibles sus atractivos.

También Júpiter trajo a Minerva, nacida de su propia cabeza, representación de la prudencia y justicia, la sabiduría y la fuerza. La vistió con una túnica simple de

tonos verdosos, sin mangas, pero tocada con casco guerrero y una égida en medio del pecho. En una mano, la lanza, y en la otra, el escudo, y como acompañante le señaló al sesudo buho. Fué muy experta en el arte de los bordados y en la tapicería, y ella solita confeccionó la puntilla para el vestido de boda de su madrastra, Juno. Acudieron igualmente los dos hijos de Júpiter y Latona, Diana y Apolo. Vistió a la primera con una blanca clámide que le apretaba la cintura, cabellos hacia atrás, adornando la cabeza con una diadema, desnudas las piernas hasta la rodilla y pies calzados con sandalias, sujetas con lazos a las piernas. Como bolsillo, el carcaj a la espalda que le hizo Vulcano. Como diosa que era de la Luna, dióle para las noches un vestido largo de terciopelo, cubriendo su cabeza con un velo de estrellas, mientras hacía brillar en su frente la media luna que ilumina las noches azules.

A Apolo dejóle con su clámide sencilla, su coronita de laurel y su lira, y le regaló un coche moderno, que fué la cuadriga con que veloz recorría el Zodíaco. Como buen hermano mayor, se trajo para casa a los nueve descuidos que Júpiter tuvo con Mnemosina, y a los que llamaron Musas. ¡Buena tarea para vestir a las nueve! De acuerdo los papás, y acudiendo a Minerva y a Apolo, especialistas los dos en trapos, y en unión de las tres Parcas, les hicieron trajes baratitos y cómodos, especie de mañaneros, con los que aparecieron en el Olimpo. Calíope, musa de la elocuencia y la poesía heroica, coronada de laurel y adornada de guirnaldas, de porte majestuoso, llevando en la mano derecha un libro y en la otra un estilo. A Melpómene, musa de la tragedia, de porte rígido, vistiósela con gran riqueza, coronada de pámpanos y calzada de alto coturno, llevando en la mano una careta trágica y un puñal. A Talía, musa de la comedia, una túnica corriente, coronándola de yedra y dándole para llevar en la mano, a guisa de pañuelito, una careta cómica, y calzada con borceguíes. Polimnia, musa de la retórica, vestida de blanco y coronada de perlas. Clío, musa de la Historia, coronada de laurel, con un rollo de papel en la mano. Urania, musa de la Astronomía, vestida de azul, coronada de estrellas, llevando en sus manos un compás y una esfera celeste. Erato, de la poesía lírica, coronada de mirto y rosas, sosteniendo en sus manos un plectro y una lira. Euterpe, musa de la música, coronada de flores y cargada de partituras, y, finalmente, Terpsícore, musa de la danza, la más joven, alegre y vivaracha, con túnica suelta, coronada de guirnaldas y tocando el arpa.

Más, muchos más dioses subieron a hacer compañía al matrimonio ilustre, y sus nombres harían interminable este relato. Citaremos, para terminar, a Mercurio y a Hércules, a Proserpina y a Anfitrite, como parientes ricos del señor de la casa. Mercurio, hijo también de Júpiter, fué vestido con el modelito ideal para viajes. Agil y esbelto, le sentaba muy bien la túnica corta y la capita de lana, a la que daba aire con su caduceo. Cubriéronle con un sombrero de paja de Italia, adornado con dos alitas, y sus pies los calzaron con altos borceguíes terminados en alas en forma de lengüetas. Hércules, de la misma procedencia, hombre robusto, de cabellos rizados, barba espesa y miembros vigorosos, tapaba sus desnudeces con la piel del león de Nimea. Cuando quiso usar la túnica de Neso, clavósele en la piel y su veneno le hizo morir, igual que muchas facturas de trajes costosos al marido avariento. Proserpina, triste siempre, vestida de negro, es la mujer «tabarra» para el marido ocupado; por eso Júpiter le dió como flor la adormidera. Anfitrite, mujer gordota y pescadera, solamente subía con su esposo en su carro de concha rodeada de Tritones y Nereidas.

El broche de esta modistería olímpica lo ponían siempre las tres Gracias: Eufrosina, Talía y Aglaya, pues eran tan bellas, que el señor del Olimpo permitió que fueran sin vestidos, formando un grupo, con los brazos entrelazados, como representantes del desnudismo; únicamente, para preservarlas de los curiosos, les autorizó para que usaran como velo o disimulo una rama de mirto, la rosa y los dados.

Después de este duro ajeteo modisteril, Júpiter sentó un poco la cabeza en el seno ampuloso de Juno, como quien duerme en blanco y blando colchón...

\* \* \*

Tales fueron las modas que se usaron en el Olimpo. Después, cada época, los fué vistiendo a su manera. Con las desnudeces griegas y los rígidos trajes de la Edad Media, con las pomposas telas del Renacimiento y las complicaciones barrocas, posteriores, hasta llegar a las frialdades académicas del siglo XIX y a los modernismos de los actuales tiempos. Escultores geniales griegos con Praxiteles y Fidias, copistas romanos; iluminadores ingenuos de la Edad Media o de los ricos libros de horas y entretenimientos; Signorelli, Mantegna y Bo-

ticelli, que llevaron a sus lienzos Venus y Primaveras; Miguel Angel con la Leda; Rafael con su Parnaso; Ticiano, Veronés y Tintoreto con sus diosas y bacanales; Velázquez, satirizándolos con la máxima dignidad; Rubens con sus gracias y leyendas mitológicas; los pintores franceses, acaramelados, como Pousin, Largillière, Nattier; la moda revolucionaria con David e Ingres, etc., etc., nos ofrecieron los mejores figurines y proyectos que mujer alguna pudo soñar. Túnicas, clámides, peplos de los dioses, fueron patrón de los trajes de bailes, de ceremonia, de los de baño en playas adelantadas, de abrigo y capas, que hoy cuestan tanto como un cuadro de firma.

Los trajecitos que se le ocurrieran al buen padre Zeus han servido también para las mujeres modernas. Muchas de nuestras Venus, Dianas, Proserpinas, Minervas y Junos se han vestido con trajes parecidos a los de aquéllas, en una Vionnet con sus prendidos, en un Chanel con sus túnicas, en un Poiret con sus clámides, en un Doucet con sus recogidos, en un Callot con sus drapeados, en un Christian Dior con sus metros de tela y en un Maggy Rouff con sus trajes de «sport», o han usado diademas de Boucheron y Cartier, o unas sandalias zapatos de Greco, o unos peinados de Emile o Antoine, o deliciosos perfumes de Houbigan, Guerlain o Coty.

Todo ello me lleva a la consideración de que el pintor, igual que el modisto, ha de ser hombre de su tiempo y de sus necesidades. Le basta un tema cualquiera que le dé prestado la tradición poética y mitológica de la antigüedad para que su gusto y estilo salgan a la superficie para satisfacer una perentoria necesidad. Que haya siempre los suficientes de ambos para que nunca podamos llegar otra vez al estado de olímpica desnudez que obligó a papá Júpiter a llevar a su prole... de modistas.

